

Una preocupación y tres miedos

Pastor Lisandro Orlov

Iglesia Evangélica Luterana Unida en Argentina y Uruguay

Una preocupación. Con el entusiasmo de la recordación y la conmemoración de los 500 años de la Reforma me preocupa que aparezcan posiciones demasiado apologéticas para mi gusto y con muy poco sentido crítico, tanto en relación a personas como al acontecimiento en sí mismo. Por más que no lo queramos reconocer, al igual que otros intentos de reforma que aparecieron en los siglos previos y aún posteriores, este intento de purificar la totalidad de la iglesia retornando a la pureza original o siguiendo los modelos más confiables de toda la tradición, no podemos afirmar que haya alcanzado su objetivo primero.

Nos guste o no se ha producido un efecto colateral no deseado, una división de la iglesia que nadie buscaba ni pretendía. Por lo tanto, nuestro vocabulario y todos los símbolos que hemos de utilizar en la preparación para este aniversario tienen que ser muy cuidadosos. No nos podemos presentar como demasiado victoriosos, ni aún demasiado orgullosos por lo logrado. Todo tiene que ser realizado con respeto pero con mucha simplicidad y humildad. Esto es válido tanto para un lado como para el otro de la realidad actual de aquella iglesia que aún quiere ser parte de la Una, Santa, Católica y Apostólica comunidad fiel al único evangelio de la sola fe en solo Jesucristo. Es por ello que tendremos que evitar el vocabulario triunfalista que habla de celebración y ser cuidadosos y hablar mejor de conmemoración.

Primer miedo. Tengo una gran preocupación de que centremos toda la conmemoración de la Reforma alrededor de una sola persona, aun cuando podemos reconocer que ese protagonismo sintetizó los diversos reclamos y propuestas que ya estaban flotando en diversos espacios académicos, pastorales y comunitarios. La Reforma no tiene ni padre ni madre. Es un proceso comunitario, con muchos rostros y muchas identidades. Existen muchos participantes en este proceso. En este contexto es importante recuperar la memoria de las muchas mujeres que en forma creativa y valiente participaron de este proceso pero que una mirada patriarcal ha hecho invisibles durante siglos. Esta participación se la quiso limitar a ser simplemente las esposas de un reformador sino que son mujeres con iniciativas, propuestas y acciones propias. Esta es una asignatura pendiente que esta conmemoración de los 500 Años de la Reforma debe reparar.

De hecho tenemos que dejar de hablar de un proceso que denominamos Contrarreforma y reconocer que también ha habido una Reforma católica que es parte de este proceso único y diverso, tanto en actores como en países. La reforma católica no es solo una reacción de oposición a las propuestas protestantes, sino que es también un intento de responder a ese clamor de cambiar muchas situaciones en nuestra común iglesia.

Es a causa de este miedo que intento relacionar la propuesta de Reforma del siglo XVI con otros intentos anteriores, que también que compartieron los mismos objetivos pero que no lograron los resultados deseados y quedaron a mitad de camino. Creo que tenemos la posibilidad de relacionar la Reforma protestante con la del Papa Gregorio VII que en su intento de liberar a la iglesia de la servidumbre feudal, con su éxito provoca también un efecto colateral no deseado, que fue el enriquecimiento y el poder jerárquico de la Iglesia. También tendríamos que relacionar la Reforma con el proyecto de Reforma de San Bernardo, que en el siglo XII propone una acción que retorne a una iglesia pobre, simple y despojada de pompa y riquezas. También es una propuesta fundada en un retorno a un cumplimiento radical del proyecto propuesto en el Evangelio y que el volver al modelo de la comunidad apostólica le permita recuperar la fuerza original. De hecho su proyecto es que todas y todos los bautizados vivan de acuerdo a los tres votos monásticos de pobreza, castidad en las costumbres y obediencia a quienes expresaban el proyecto del Reino. El ideal de reformar la comunidad cristiana en la cabeza y en sus miembros quedó también como un proyecto inacabado.

Segundo miedo. Considero que es una limitación el que se piense que la Reforma del siglo XVI es un fenómeno alemán. Esta perspectiva sería empobrecer la magnitud del deseo y necesidad de reforma preexistente y también contemporáneo a la propuesta que viene desde Wittenberg. Es por ello, que además de relacionar la Reforma con otros actores como con San Bernardo y con otros espacios como Francia, también sería todo un desafío considerar que la tarea que el Cardenal Cisneros en la España de los Reyes Católicos, también fue parte de una reforma que compartía el proyecto de un retorno a las Escrituras en una iglesia despojada de riquezas. No podemos olvidar que este personaje tiene formación franciscana y que en cierta forma participa de los diversos movimientos de purificación y reforma que a fines del siglo XIV y comienzo del XVI va a vivir la iglesia en España. Los obstáculos en todos los casos limitaron sus logros. A causa de este miedo a una mirada parcializada en el espacio, sería muy positivo que esta conmemoración nos facilite el encontrar semillas, semejanzas y parentescos de los diversos movimientos de Reforma que no estaban esperando ni a Martín Lutero ni el año 1517 para realizar propuestas, iniciar proyectos y poner en acción renovados esfuerzos de cambio y transformación.

Si bien creo que no es adecuado relacionar la Reforma Luterana con intentos anteriores o contemporáneos considerados heterodoxos o totalmente heréticos ya que toda la fundamentación de las diversas posiciones de reforma, tanto en la Confesión de Augsburgo, como en los primeros escritos de Lutero, se fundamentan en la más ortodoxa tradición y en aquellos Concilios cuya recepción ecuménica les hacían valederos, no quiero ignorar en España el movimiento de los alumbrados y en especial la participación de muchas mujeres en ese espacio. Simplemente esta propuesta de reforma espiritual y de prácticas piadosas no esperan a Lutero ni a su iniciativa para comenzar a vivir y poner en práctico aquello que luego se denominará “el sacerdocio universal de todos los creyentes”. Recordemos que la misma Santa Teresa de Jesús será sospechosamente acusada de pertenecer a este movimiento que hoy llamaríamos de estilo “carismático”.

De este grupo de heterodoxos quiero rescatar y hacer memoria del nombre de tres mujeres que defendieron sus convicciones pagando el precio de ser perseguidas y aún morir en las hogueras de la Inquisición. Con cariño y respeto repito sus nombres: Isabel de la Cruz, María Cazalla y Marina de Guevara. Son recordadas porque organizaron grupos de estudio bíblico, oración y comunidades. No son famosas por sus maridos sino que tienen identidad y trayectoria propias. También las quiero nombrar porque son mujeres fuertes y porque son españolas.

Tercer miedo. Tengo miedo de que esta memoria de la Reforma se limite al año 1517 como que allí todo comenzó y para peor que todo allí culminó. Sigo realmente creyendo que la iglesia tiene siempre que ser reformada y es por ello que al llegar a los 500 años de la Reforma debemos también someter a la misma Reforma a una mirada crítica que nos ayude a responder con un vocabulario y una hermenéutica tanto de las Escrituras como de las estructuras de la Iglesia en forma renovada. No nos podemos atar ni a personas, por más protagonismo que hayan tenido, ni a geografías determinadas que nos hagan perder una mirada mucho más compleja, con un horizonte más universal, ni a una sola fecha a una realidad que es un proceso dinámico, que nació muchos años antes de 1517 y que aún no ha finalizado. Quiero pensar en una Reforma que es movimiento, con muchos rostros que le dan diversidad que la enriquecen. Una Reforma que no es esclava de ningún nacionalismo y que mantiene una propuesta realmente católica y que sueña aún en la reforma de toda la iglesia y no solo de una parcela. Me gustaría pensar en una Reforma como un movimiento dinámico sin fin pero con futuro.

Paris. Noviembre de 2014.

Revisado en mayo de 2015 en Buenos Aires.